



ARTÍCULO PARA PADRES 74

Cuando los adultos comparten el juego y la fantasía

¿Es posible que los adultos vuelvan a jugar? ¿Cómo comprometerlos en esas instancias?
El punto de partida es hacerles recordar las experiencias de juego de su niñez.

Los niños, sean hijos, ahijados, sobrinos o allegados, suelen pedir a los adultos que jueguen con ellos. Pero muchas veces ese encuentro lúdico se ve dificultado por cierta incomodidad de los mayores para entrar en ese territorio de fantasía y placer. Hay quienes argumentan que no tienen tiempo, que están muy cansados, que se tienen que ocupar de “cosas serias”...

¿Es posible que los adultos vuelvan a jugar? ¿Cómo comprometerlos en esas instancias?
El punto de partida es hacerles recordar las experiencias de juego de su niñez.

Hay que conectarlos desde un lado afectivo, que vuelvan a ese momento en el que forjaron su identidad y vean que tiene afecto depositado en él. Entonces reconocen que el juego es esencial en la formación del individuo, que lo tiene inscrito en el cuerpo y que fue importante para su desarrollo como persona.

Lo que sucede en un primer momento es que muchos adultos no vinculan esa experiencia vital que fue el juego de pequeños con lo que hoy tienen como padres, padrinos, tíos o personas a cargo.

Una vez que recuerdan sus antiguos juegos reconocen que la actitud lúdica es determinante en la vida de todos, y que ésta convoca a encontrarse con los chicos para jugar. Y lo bueno es que siempre se la puede despertar, no importa la edad que se tenga, pues es imprescindible para que se dé el juego.

¿Cómo se la despierta? Primeramente recordándola, notando la sonrisa que se dibuja en el rostro apenas vuelven a la memoria aquellos espacios de dispersión.

Luego, hay que tener presente que el juego es una actividad esencial para los niños y como adultos tenemos la obligación de garantizarles esos espacios.

También hay que tener en cuenta que existen múltiples posibilidades para jugar: puede significar leer un libro; cantar juntos, solos o con instrumentos inventados; crear historias; hacer volteretas y piruetas; rodar en el piso; esconderse y buscar; correr y saltar, y por supuesto, también sentarse a la mesa con un tablero de por medio.

Dar rienda suelta al niño interno y mirar amorosamente a los que hoy lo son. Eso ya posibilita jugar con ellos. Que el adulto se reencontre consigo mismo en un momento de disfrute.

También hay que señalar que para un niño ver que un adulto puede seguir jugando es un mensaje esperanzador, es algo significativo para ellos que sus papás, abuelos, maestros o niñeras tengan aspectos lúdicos, que puedan jugar junto a ellos mostrando que esta



actividad les resulta importante también a ellos, incluso siendo ya grandes. Cuando jugamos con los niños, les mostramos que es una acción que nos importa, a la que le damos un lugar distintivo y, sobre todo, que se puede desarrollar a lo largo de la vida. Así los chicos ven que el juego no se termina en la infancia, sino que se extiende en el tiempo.

Calvo, D. (2 de abril de 2014). Cuando los adultos comparten el juego y la fantasía. Clarín. Recuperado de <https://www.clarin.com>